

San Martín, 18 de octubre de 2016.

Antonio Sgamellotti. *Laudatio*.

Agradezco el honor implícito en la invitación del señor Rector para pronunciar esta *Laudatio*. Suele decirse en tales ocasiones que el tiempo disponible no alcanza a la hora de dar cuenta de los trabajos científicos, de las publicaciones, de los proyectos, de las actividades en beneficio del saber humano que ha hecho y desarrollado la persona a punto de recibir el galardón académico máximo otorgado por nuestra Universidad. Creo que pocas veces ha sido esta afirmación más auténtica que en el caso del profesor Antonio Sgamellotti. Sin embargo, y aún a riesgo de resultar aplastante, siento el deber de transmitirles algo del carácter aluvional que ha tenido su obra, de altísima calidad intelectual.

Nuestro doctor *honoris causa* es profesor plenario de Química inorgánica en la Universidad de Perugia, donde no sólo enseña, realiza sus experimentos y escribe sus artículos, sino tiene a su cargo la supervisión de los programas de investigación que esa universidad comparte con las de Heidelberg, Lausanne, Durham y el Laboratorio Draesbury. Así ha ocurrido que su participación en el estudio de los efectos relativistas en la física y la química de los elementos pesados resultó decisiva. Lo mismo sucedió en el campo de la aplicación de la computación avanzada al análisis de los procesos químicos y de las propiedades electrónicas y estructurales de moléculas de sustancias inorgánicas complejas. Sus hallazgos acerca de las propiedades del carbono en los nanotubos de ese elemento lo condujeron al campo de la química orgánica y es probable que hayan sido la vía por la que, a partir de 1998-99, Antonio se orientó decididamente hacia la investigación sistemática de minerales, pigmentos y otros materiales usados en las técnicas pictóricas y escultóricas de la tradición europea. Su especialidad es el dominio de los procedimientos mínimamente o nada invasivos de análisis de los componentes físico-químicos en las obras de las artes plásticas: la difracción de rayos X, la resonancia magnética nuclear, la dispersión inelástica de luz monocromática, sobre todo *laser* en los rangos visibles próximos al infrarrojo y al ultravioleta, que produce los espectrogramas Raman y permite determinar las sustancias usadas en la pintura y la escultura con una precisión varias veces mayor a la de la espectrografía infrarroja. La experiencia acumulada por el profesor

Sgamelotti lo convirtió en una autoridad mundial en el terreno de la restauración y conservación de los bienes culturales de la humanidad e hizo posible el montaje de un laboratorio móvil, financiado por la Comunidad Europea –el MOLAB–, que lleva a cabo *in situ*, sin necesidad de trasladar las obras a un gran centro de investigación, los análisis destinados a identificar materiales, técnicas, evolución y superposición de procesos artísticos, interferencias de las condiciones ambientales, es decir, las prácticas consagradas a reconstruir con un grado de detalle desconocido hasta hace menos de diez años la historia material de los vectores privilegiados de la semiosis cultural y de las emociones compartidas que son los objetos estéticos. Que Antonio sea entonces miembro de la *Accademia del Lincei*, fundada por Federico Cesi en Roma en 1603, institución donde descollaron Galileo y Cassiano del Pozzo –el científico por antonomasia y uno de los primeros anticuarios de relieve en la época barroca– no debiera de sorprendernos en absoluto. Acabo de enterarme, por otra parte, de que hoy mismo el profesor Sgamelotti ha sido incorporado a la *Accademia delle Arti del Disegno* en Florencia, que fundó el granduque Cosme I en 1563 y presidió Giorgio Vasari.

Claro que nuestro homenajeado se inserta en una de las tradiciones más robustas de la teoría y la praxis de la restauración-conservación, probablemente la más vieja de la historia, esto es, la escuela italiana, venida de muy lejos al punto de que debemos identificar su punto de partida moderno (habría quizás un origen remoto, pero auténtico, en el proyecto de Augusto de la *Roma restaurata*) en el gran programa que dirigió Rafael Sanzio, por encargo del papa León X, destinado a preservar los monumentos y restos arqueológicos de la Antigüedad en la ciudad de Pedro y los estados pontificios. En 1588, el granduque Fernando de Medici fundó el primer organismo oficial encargado de la preservación de los tesoros artísticos en un estado moderno (la Toscana, en este caso); me refiero al *Opificio delle Pietre Dure*, que es todavía lugar de peregrinaje para quienes se dedican a nuestros oficios (es como si tuviésemos a mano un Instituto TAREA de 428 años de existencia). Luigi Antonio Lanzi, historiador especialista en las artes plásticas del Renacimiento y el Barroco a fines del *Settecento* (quizás el primer museólogo de la historia, tal cual nos lo muestra un artículo reciente de Dolores González Pondal) y los grandes arqueólogos que trabajaron en Pompeya, Herculano o los yacimientos etruscos en Toscana desde 1850 hasta 1950 (pienso en Giuseppe Fiorelli o Amedeo Maiuri) fueron figuras que

consolidaron la hegemonía italiana en la ciencia, la reflexión histórica y los saberes prácticos del *restauro*. Pero no hay duda de que la línea se fortaleció y confirmó su supremacía gracias a la obra inmensa de Cesare Brandi, quien en los años de la inmediata posguerra expuso los principios básicos de una teoría de la restauración que sigue siendo la nuestra: 1) recuperación de los aspectos materiales de la obra de arte a partir de los cuales la cultura edificó sus significados (con Brandi, el análisis químico de las materialidades se colocó en el centro de la escena), 2) respeto hacia la unidad potencial de la pieza, 3) preservación de las marcas que el tiempo ha dejado en ella (de ahí la invención técnica del *tratteggio*, que hoy es casi un ritual sacrosanto de los restauradores), 4) análisis histórico de las condiciones de su producción, permanencia, conocimiento y reproducción, y 5) la fórmula de síntesis: preservar *maxime*, restaurar *minime*.

¿Cómo distinguimos a Antonio Sgamelotti en este panorama? Me animo a decir que ha sido la física teórica e instrumental, nada menos que la relativística y la cuántica, la ciencia que Antonio ha incorporado de lleno, en lo que va de este siglo, a la investigación básica de los procedimientos de conservación. Precisamente, las técnicas no invasivas de la obra de que se trate se apoyan en la integración de la física de vanguardia en la teoría y la práctica del *restauro*. Pero hay otro elemento fundamental que debemos al genio y la cultura humanista de nuestro amigo. Él no ha dejado de ocuparse, desde su cátedra en Perugia, o merced a su familiaridad con el *Opificio delle Pietre Dure* o a la co-dirección del MOLAB, de las obras maestras inigualables del Medioevo europeo y el Renacimiento italiano. Pongo unos pocos ejemplos: el *Libro de Kells* en el Trinity College de Dublín, la *Madonna dei Cherubini* de Mantegna, la *Pala Baglioni* de Rafael en la Galería Borghese, Pero ha sido su pasión por el arte del siglo XX un factor decisivo en el ensanchamiento inédito de la restauración-conservación hacia el arte de los modernos como Munch, Picasso, Mondrian, Rothko, Burri y Jackson Pollock. Antonio ha ido más allá de los propósitos enunciados en la célebre *Carta Italiana del Restauro* del 6 de abril de 1972. Es impresionante todo lo nuevo que hemos incorporado a la historiografía del arte occidental gracias a estas empresas acometidas por el novel doctor de la UNSAM. Hay un antes y un después de Sgamelotti en nuestras disciplinas.

Me quedaría por agregar una sola cosa, mencionar la *bonitas animi* (no hay una herramienta que pueda medirla) que se desprende con espontaneidad, con la *graziosissima*

*grazia* que Vasari adjudicó a Leonardo, de todos los actos realizados por Antonio en su existencia cotidiana, desde los más pequeños como examinar y acoger las experiencias de taller hasta trazar y concretar planes complicados de colaboración académica, sinceramente únicos en el mundo. Su generosidad, su benevolencia contribuyen en grado superlativo a aumentar nuestro compromiso con la historia y la preservación del legado estético que hemos recibido de nuestros abuelos y debemos transmitir a nuestros nietos en las cuatro partes del mundo. Y es así porque Antonio Sgamelotti impregna su trabajo, y el de quienes con él nos asociamos, de la felicidad, de la alegría que debió de sentir el demiurgo cuando cocinó el mundo en su marmita. Gracias, Antonio, nuestra Universidad se honra de contarte entre los suyos.

*José Emilio Burucúa*